

DEL LAZARILLO A LA TERCERA PARTE DE GUZMÁN DE ALFARACHE DE FÉLIX MACHADO DE SILVA Y CASTRO: DESARROLLO Y FINAL DEL GÉNERO PICARESCO*

FROM LAZARILLO TO THE THIRD PART OF GUZMÁN DE ALFARACHE BY FÉLIX MACHADO DE SILVA Y CASTRO: DEVELOPMENT AND END OF THE PICARESQUE GENRE

PABLO BRAÑANOVA GONZÁLEZ

Universidad Complutense (Madrid)



<https://doi.org/10.17979/spudc.9788497497657.81>

Resumen. Desde que el anónimo autor del Lazarillo sentara las bases de una dilatada tradición y el pícaro Guzmán de Alfarache le diera sus mayores momentos de esplendor, a caballo entre los siglos XVI y XVII, el género que conocemos como picaresco, con sus condiciones y especificidades, inicia un largo proceso de desgaste en el que, paso a paso, novela a novela, irá acusando más la falta de elementos que lo habían definido desde el germen: la crítica social y el realismo descarnado que caracterizaba a las primeras obras eran reemplazados gradualmente por una cada vez más ostensible intención aleccionadora que, de forma implacable, dejaba constancia de cómo la nueva moral tridentina venía también disuelta en nuestra prosa. Con la excepción particularísima del *Estebanillo González* —último gran repunte de un tono y un estilo nada en sintonía con sus obras coetáneas—, podríamos trazar una línea cronológica desde 1554 (año de la primera edición conservada del *Lazarillo*) hasta 1650 (año de composición de esta tercera parte) para marcar el nacimiento y muerte de toda nuestra prosa picaresca. Es la continuación de Machado de Silva el último modelo de una tradición que, conservando tan solo parte de sus recursos y su forma, consigue deslindarse totalmente de la propia intención picaresca para, por el contrario, ofrecer al Guzmán el camino de purga y santidad que Mateo Alemán y las reglas del género le habrían siempre negado.

* Forma de cita del trabajo:

Brañanova González, Pablo (2019). "Del Lazarillo a la tercera parte de Guzmán de Alfarache de Félix Machado de Silva y Castro: desarrollo y final del género picaresco". En Pilar Couto-Cantero, Rocío Chao-Fernández, Alfredo Rodríguez López-Vázquez & Arturo Rodríguez López-Abadía (eds.). Actas del Simposio del Lazarillo (A Coruña, 10-11 de octubre de 2019) (=Cursos_congresos_simposios; 148). A Coruña: Universidade da Coruña, pp. 81-86. DOI: <https://doi.org/10.17979/spudc.9788497497657.81>

Palabras clave. Picaresca – continuación – Lazarillo – Guzmán – género

Abstract. Since the anonymous author of *Lazarillo* laid the foundations of a long tradition and the mischievous Guzmán de Alfarache gave it its greatest moments of splendour, between the 16th and 17th centuries, the genre we know as picaresque, with its conditions and specificities, begins a long process of wear and tear in which, step by step, novel by novel, will accuse more of the lack of elements that had defined it from the germ: The social criticism and the stark realism that characterised the first works were gradually replaced by an increasingly ostensible instructive intention that implacably showed how the new Tridentine morality was also dissolved in our prose. With the very special exception of *Estebanillo González* - the last great upturn in tone and style not at all in tune with his contemporary works - we could draw a chronological line from 1554 (the year of the first preserved edition of *Lazarillo*) to 1650 (the year of composition of this third part) to mark the birth and death of all our picaresque prose. It is the continuation of Machado de Silva, the latest model of a tradition that, conserving only part of its resources and form, manages to separate itself completely from its own picaresque intention in order, on the contrary, to offer Guzmán the path of purge and sanctity that Mateo Alemán and the rules of the genre would have always denied him.

Key Words. Picaresque – sequel – Lazarillo – Guzman – genre

DEL LAZARILLO A LA TERCERA PARTE DE GUZMÁN DE ALFARACHE DE FÉLIX MACHADO DE SILVA Y CASTRO: DESARROLLO Y FINAL DEL GÉNERO PICAresco

Transcurre casi un siglo desde que sale de la imprenta la primera edición conservada del *Lazarillo de Tormes* (1554) hasta la composición de la *Tercera parte de Guzmán de Alfarache* (1650) por mano del portugués Félix Machado de Silva y Castro (1595-1662). Encierran estos noventa y seis años (que bien podríamos redondear en cien si tomamos la fecha de esa inhallada *princeps* de Estrasburgo [1550]), el nacimiento, desarrollo y muerte de nuestro género narrativo más propio y más autóctono. La nómina de obras que se dan a la imprenta y lo componen, desde el final del reinado de Carlos V, momento de esplendor de la Monarquía Hispánica, hasta el de su bisnieto Felipe IV, ya anunciado el naufragio del Imperio, dibuja paralela línea descendente, y nos da buena cuenta de cómo la materia picaresca se resiste con fuerza a la extinción, pero se desdibuja a pasos de gigante desde que toca el cénit con la obra de Mateo Alemán, hasta su última muestra medio siglo después. Sumadas al *Lazarillo* y al *Buscón* Quevediano (escrita en 1604 aunque inédita hasta 1626), las dos partes del *Guzmán* de Alemán (impresas en 1599 y 1604, en Madrid y en Lisboa respectivamente) forman la tríada de obras que llamaríamos «puras», antes de la gradual deformación del género y de su inevitable diversificación, fruto del éxito editorial de que aún gozaba durante los comienzos del siglo XVII.

Con alguna excepción, como la ya tardía del *Estebanillo González* (1646), donde su autor (parece que Gabriel de la Vega) aprovecha la máscara del anonimato para mostrar el lado más cínico y siniestro de la relación de hechos del tunante, las novelas que continúan la línea

picaresca introducen, de forma cada vez más evidente, una serie de marcas que van modificando el carácter del picho hasta convertir el género en una amplia reforma de todas sus premisas iniciales. En gran medida, los dogmas tridentinos conducen la libertad y exuberancia barrocas a un encorsetamiento programático que afecta a cuantas formas perviven al trascurso de las siguientes décadas: el crítico realismo descarnado que marcaba las primeras obras va siendo reemplazado por la enmienda moral y el ejemplo *a contrario*; la materia de pícaros por la vil travesura de cuyas consecuencias el lector ha de tomar lección.

Siempre problemático, el asunto de los apócrifos continuadores ha sido fuente de polémicas y de perpetuos desacuerdos por parte de la crítica, pues, salvo raras excepciones como la que aquí nos ocupa, aprovechaban el revuelo y el éxito editorial de los modelos que imitaban para sacar beneficio de los mismos y, a menudo, servían de acicate para que los legítimos creadores volvieran al trabajo. No olvidemos que tanto Mateo Alemán como el propio Cervantes tuvieron que retomar el cálamo para desautorizar, con sus segundas partes oficiales, las de Luján de Sayavedra y Avellaneda respectivamente. Por desgracia para todos, no entró al trapo el autor del *Lazarillo* que, a falta de una y si seguía con vida, pudo llegar a ver hasta dos partes que proseguían la suya.

La obra de la que esta *Tercera parte de Guzmán de Alfarache* se dice continuadora: de la que toma título, protagonista y de la que se rescatan personajes y situaciones con habilidad y el único objeto de no romper el hilo de la vida del pícaro, no podría distar más en intenciones, ni ser más diferente su genealogía ni más contrario su sentido profundo. Cuando el Marqués de Montebelo compuso el manuscrito –cuyo azaroso hallazgo, en los albores del pasado siglo, debemos al investigador Gerhard Moldenhauer–, habían transcurrido cincuenta años desde el fulgor editorial de la obra de Alemán. Era por tanto un título ya inactual, que se seguía imprimiendo pero cuyo momento había dejado paso a un nuevo paradigma. Cabe por tanto preguntarse por qué Machado quiso dar cierre a un ciclo literario ya obsoleto, cuando no parece que hubiera por su parte la mínima intención de publicar el texto; tampoco por la de sus descendientes que, como al menos fue el caso de su bisnieto, y a juzgar por las abundantes glosas marginales del manuscrito, parece que lo leyó con interés.

Además del muy tardío descubrimiento de la obra, resulta llamativa la escasa e intermitente atención que suscitó en la crítica. Desde 1927, año en que la *Revue Hispanique* publica el texto que había mandado transcribir Moldenhauer, hasta casi los años 70, cuando comienzan a aparecer algunos artículos, la novela cae totalmente en el olvido. El artículo de Ángel San Miguel, *La promesa de Alemán y su cumplimiento por el portugués Machado da Silva* (1974), será el primero en aparecer; diez años más tarde, el trabajo de Carlos Baladrón. Y no será hasta 2008 cuando Katharina Niemeyer integre su artículo *De pícaro a ermitaño, Tercera parte de Guzmán de Alfarache* dentro del libro *La novela picaresca: concepto genérico y evolución del género*. Finalmente, la edición a cargo de Rosa Navarro que aparece en la colección de Novela Picaresca de la Biblioteca Castro, y la de un servidor: una edición crítica y anotada de la obra, completan la bibliografía fundamental.

Cabe por otra parte señalar el contraste que marca la novela para con el resto de la bibliografía del portugués, cuyos intereses estaban más centrados en las genealogías o en la investigación historiográfica y no tanto en la prosa ficcional. Al margen de una obra perdida que dijo escribir con quince años, y cuyo título, *Melano y Armida*, parece indicar que se trataba de una novela bizantina, el resto de sus escritos se compone de una educación de príncipes (*Criança de príncipes*), que permanece en el que fue su Castillo de Braga; un libro de genealogías, una historia de sus antepasados (*Memorial*), en la que se remonta hasta ocho siglos por su árbol genealógico; una biografía de su bisabuelo Manuel Machado de Acevedo y una autobiografía incompleta cierran la nómina de sus trabajos. Su afición literaria, siempre relegada a la de minucioso indagador de stirpes y blasones, bien pudo mantenerla desde una infancia ávida de ficción novelesca. Como sabemos, su familia mantenía relaciones con poetas portugueses como Francisco Sa de Meneses; así se relata en el capítulo VII del libro tercero, donde un estudiante le muestra a Guzmanillo las fincas y familias más ilustres de la zona de Entre Homen e Cavado. Con todo, no parece haber dudas de que Machado fue un lector entusiasta de nuestros grandes clásicos auriseculares, a juzgar por la gran cantidad de referencias –directas e indirectas– que vamos encontrando al discurrir el libro. No resulta difícil detectar en esta *Tercera parte* algunos trazos de prosa cervantina (al menos del *Quijote*, que hasta aparece interpuesto como personaje ya avanzada la obra, y de algunas *Novelas ejemplares*), del teatro lopesco (véase la historia intercalada de Propercio y Ricardo), de Quevedo (hay algunos pasajes que casi nos parecen sacados de los *Sueños*, y otros guardan la forma y el satírico estilo que lucen las *Premáticas*) y de cuantas novelas picarescas debió de tropezarse siendo mozo. Todo aquel deleitoso pasatiempo de otra época lo fundía Machado, ya al final de la vida, con su vasto conocimiento de los autores clásicos, de los textos sagrados y de la tradición escolástica. Pero además, sumaba a todo esto una ingente cantidad de historias localistas, paremias populares y saberes folclóricos que, en definitiva, tenían como intención reunir en un volumen muchos de los fragmentos que componían su memoria bibliográfica y su pensamiento filosófico.

Pronto observamos en el manuscrito –que aún descansa en la lisboeta Biblioteca de Ajuda [B.A. Cód. Ms. 46-VIII-46]–, una sospechosa pulcritud: hasta bien avanzada la mitad no ensucia su escritura el más leve tachón. Todo parece indicar que se trata de una copia en limpio que, a medida que el autor transcribía del original, iba siendo ampliada en algunos pasajes y mutilada en otros. Se ven intercaladas, además, algunas páginas en blanco que revelan el sistema de trabajo de su autor: el camino del pícaro o eje argumental de esta *Tercera parte*, muy bien estructurado por capítulos, siempre era susceptible de engordarse con muchas más anécdotas, refranes o enseñanzas. Nunca sabremos ya cómo de magra fue la primera versión ni cuántas hubo, pero lo que al final nos ha quedado –cerrado, por fortuna, en sus extremos y con alguna holgura en sus costados– es una miscelánea con alma de novela picaresca.

Recalamos por tanto, ineludiblemente, en la cuestión del género. Como ya indicábamos, se enmarca la novela dentro de esa corriente donde lo picaresco va perdiendo su esencia al correr de los años del siglo XVII, y se hace cada vez más compatible con la mentalidad hegemónica, que aglutina a su vez muchos de los preceptos de la contrarreforma y que, por otra parte, no deja de permear en otros planos literarios ni en otras disciplinas artísticas. La enorme singularidad

que encierra el texto –amén de las que ya se han señalado– es la de suponer el fin de ese proceso de desgaste: lo que Félix Machado nos propone es un vasto mosaico de incontables telas; un obra sapiencial cuya finalidad tiene tanto que ver con aquel horaciano *docere et delectare*, como con la constante y gnómica advertencia al lector de todos los peligros y riesgos de una vida alejada de la virtud cristiana. He aquí su gran paradoja: tenemos entre manos la obra picaresca que cierra, nada menos, que el ciclo guzmaniano; que mantiene los rasgos formales del género como son la estructura, el narrador o el enfoque autobiográfico; que se enlaza argumentalmente con las dos anteriores novelas de Alemán sin dejar cabo suelto, pero que lejos de contener un ápice de esa ya mencionada «materia picaresca», quiere ser el remedio para contrarrestarla. Cabe preguntarse de qué forma lo que materialmente es puede ser su contrario y si hay resolución para el nudo gordiano que aquí se nos plantea. Ciertamente la hay, si advertimos la trampa tan sutil que se tiende al lector desde el arranque mismo de la obra. Pues si otro de los rasgos por los que se definen estas vidas de pícaros es el de resultar, para el protagonista, un camino de aprendizaje provechoso (Lázaro) o inútil (Pablos), el Guzmán de Machado emprende el suyo una vez que ya ha sido convertido. Santificado de entrada y dotado de virtud y nobleza (los dos mecanismos transformadores que aquí se nos plantean), recorre el sur de España y cruza Portugal para ser recipiente de ideas y materiales discursivos que refuerzan su nueva condición de virtuoso. En esta falsa *bildusroman*, el renacido pícaro –y hasta rebautizado como Juan de Guzmán para no dejar rastro de su otra identidad–, nada tiene que aprender y mucho que confirmar de cada personaje que le sale al encuentro, y de cada situación que observa desde fuera con la seguridad de quien se sabe emancipado de su propio carácter inestable, dual y problemático.

En ausencia del pícaro central, no cabe imaginar más picaresca que la representada por otros personajes de los muchos que pueblan la novela, aunque lo delictivo sea siempre con minúsculas o tenga un fin moral que beneficie siempre, burlador o burlado, al que se nos presenta más justo o más prudente. De toda la caterva, Juan Serpe, Amaro de Laje o Catalina de Melo son parte indisoluble del paisanaje portugués al que Guzmán se integra y, a pesar de sus faltas, siempre se nos revelan también con sus virtudes, por más que incomprendidos o ridículos, defensores de causas imposibles o bufones, con un límpido fondo de ingenuidad pueril que siempre los exime de una visión abyecta por parte del lector. No conviene olvidar que otro de los propósitos del texto era el de ponderar al país vecino; sacar brillo al folclore y la intrahistoria que soslayan las crónicas en los duros momentos de conflicto entre pueblos que Machado de Silva consideraba hermanos. Y es que, desde una perspectiva historicista, esta *Tercera parte de Guzmán de Alfarache* también da buena cuenta de las relaciones entre dos tierras desde el punto de vista de quien consideraba que castellanos y portugueses eran todos españoles.

Bibliografía

- Alemán, Mateo (2006): *Guzmán de Alfarache*, 2 v. Edición de José María Micó, Madrid, Cátedra.
- Brañanova González, Pablo. *Edición y Crítica de la Tercera parte de Guzmán de Alfarache (2018)*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2018. Disponible en web: <https://eprints.ucm.es/49954/1/T40575.pdf>
- Lazarillo de Tormes (2011): edición, estudio y notas de Francisco Rico*, Madrid, Biblioteca Clásica de la RAE. Galaxia Gutenberg.
- La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor (1990)*: edición de Antonio Carreira y Jesús Antonio Cid, Madrid, Cátedra.
- Niemeyer, Katharina (2008): “De pícaro a ermitaño. La tercera parte de de Guzmán de Alfarache, de Félix Machado da Silva e Castro”, en *La novela picaresca: concepto genérico y evolución del género, siglos XVI y XVII*, edición de Klaus Meyer-Minnemann y Sabine Schileckers, Madrid, Iberoamericana, pp. 501-522.
- Niemeyer-Minnemann, Klaus y SCHLICKERS, Sabine (2008): *La novela picaresca: concepto genérico y evolución del género, siglos XVI y XVII*, Madrid, Editorial Iberoamericana.
- San Miguel, Ángel (1974): “Tercera parte de Guzmán de Alfarache. La promesa de Alemán y su cumplimiento por el portugués Machado da Silva”, *Revista Iberoromania*, 1, pp. 95-120.